

# LA GENTE NUEVA



## ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

### ..... ALLES FÜR ALLE

En Murcia y en París hubo al mismo tiempo lo que allí llaman *troubles* y aquí sencillamente jarana ó palos y *bofetás*. Pero si comparan ustedes los motivos de unos y otros sucesos, se ve claramente la diferencia que hay entre nuestro país y los demás de Europa. La violenta é injusta expulsión de unas cuantas docenas de frailes y monjas, que constituían, sin duda, un grave peligro para la República, muy enclenque ó muy aprensiva, por lo visto, ha dado lugar allí á turbulencias en las calles, en nombre de la libertad, que es precisamente, con la igualdad y fraternidad, el credo, *passer moi le mot*, de la República. Eso de que haya libertad de enseñar..... lo que al Gobierno le parezca, nada más, que haya fraternidad..... para los amigos, y trancazo para los que no lo son, é igualdad para los compinches..... y contra una esquina á los no afectos al régimen, puede que sea la última palabra del progreso liberal, pero hace mucho tiempo que aquí lo pusimos en solfa:

..... Y muera el que no piense igual que pienso yo.

Sólo un republicano español ya antiguo tuvo la feliz idea de estampar al frente de un diario suyo esta verdad de sentido común, aunque no sea de sentido político:

“Libertad igual para todos, porque si nó no es tal libertad”. Pues esta máxima de D. Eugenio García Ruiz es la que tienen todos olvidada, es decir, con olvido tan involuntario como el que se estampa en las esquelas mortuorias, porque el olvido no puede ser nunca voluntario, y por eso, por olvido de la libertad persiguen ahora á las asociaciones religiosas. La reacción, los clericales invocando la libertad, es una señal de progreso, al revés que en España, de donde es oriundo el sugestivo grito de ¡Vivan las caenas! Ahora en Murcia no se ha gritado precisamente eso, ni tampoco lo de viva la libertad, que es en la actualidad grito simpático en Francia, sino una cosa mucho más rara y al pronto inexplicable: ¡Viva el aceite! dicen unos con un médico, el Dr. Pulido, á la cabeza; y ¡Viva el pimiento seco! dicen los otros, queriendo suprimir la adición del aceite. Confieso que hasta hace muy poco no he salido de mi apoteosis ni podía comprender los motivos de estas cuestiones de pimiento. Me parece natural, como al Dr. Pulido, que el pimentón esté mejor con aceite; al fin y al cabo ese es su destino, juntarse al aceite en las nacionales y socorridas sopas de ajo; no comprendía que pudiera ser nociva la junta de ambas cosas, y sobre todo que se defendiese eso hasta con tumultos populares.

Hoy ya me lo voy explicando, y es que como me decía un francés amigo mío, pidiéndome antes mil perdones: Monsieur, cuando un español me propone un negocio..... (pero lo dejaré en francés para escandalizar menos). *Je me demande sur le champ: ¿De quel côté viendra-t-il me voler?* Pues con este recuerdo he caído en la razón de tan extraña contienda, y era verdaderamente raro que por interés de la salud pública ó por mejora del producto se luchase así por el aceite ¡Era sencillamente *pour voler* que decía el francés; era que el combatido é inofensivo aceite es en este caso el vehículo, el *excipiente idóneo*, que dicen los boticarios, para mezclar al pimentón..... cáscaras de otras semillas! ¡Cáscaras hay que decir á eso; ¡les parece á ustedes que los motivos de esos *troubles* se pare-

cen á los de las turbulencias de las calles de París? ¿Y no indica esto algo que nos distingue de los demás pueblos de Europa, mas que vengan á predicarnos todos los Costas del mundo?

¡Y tanto como nos distinguimos! ¡En este propio país es donde únicamente ha sido posible que un hombre muera de un tiro..... lidiando un toro! por haberse entregado á este civilizado *sport* llevando en la faja un revólver. “¡Estoy perdido—decía un chulo—; me he venido al baile sin navaja!” Pues algo como esto es salir á la plaza á correr un toro con armas tan defensivas de una cornada. ¡También este dato hay que cargarle en la cuenta de nuestros progresos.

Y es lo que dije en otra ocasión; que en punto á cultura estaremos muy atrasados, pero en lo malo no nos aventaja nadie. El proceso de aquella Blanca Monnier, la secuestrada, que tanto escándalo produjo en Francia, lo hemos reproducido ya, como reproducimos los salones artísticos y las fotografías *interesantes*. La joven Mercedes Ferrán, de veinticinco años, llevaba encerrada por su propia familia más de diez años, y no porque estuviese loca, que ni aun en este caso es lícito hacer sin autorización legal semejante cosa, sino, lo que es más horrible, por apropiarse unos bienes de la desdichada mártir. Apenas parece posible tan monstruoso crimen; y es de desear que se desvanezcan, para honra de nuestro país, las versiones que circulan.

Para la horrible enfermedad del *epitelioma* y del *sarcoma*, como dicen los médicos al enfermo para no asustarle, no se conoce remedio, á pesar de tanto ensayos, análisis, sueros y bacilus como estamos descubriendo cada día. Unos médicos alemanes, aburridos, sin duda del *insuccés* que dirían sus amigos los franceses, han decidido emplear..... ¿A que no lo aciertan ustedes? ¡Pues el sufragio universal! lo mismo que si se tratase de constituir un Gobierno, ó de elegir una Cámara de padres de la Patria. Ni el sufragio podía llegar á más, ni la flamante ciencia á menos; porque esto de preguntar á todos los enfermos del mundo: ¿y usted cuándo le empezó eso del grano ese? ¿qué sintió usted? ¿qué remedios hizo? es tan inocente y tan nuevo, como que fué el principio de la medicina, y todo el mundo sabe que para eso se ponían los enfermos entre los hebreos en el pórtico de Salomón, para que los que hubiesen padecido aquella enfermedad les aconsejasen lo que ellos habían hecho para curarla. Lo difícil es que ahora se presente Aquel que dijo al paralítico: *¡Tolle grabatum tuum, et ambula!* y mientras no sea eso, poco se podrá adelantar con ese nuevo uso del incomparable sufragio; porque la verdad es que si algún médico hubiera creído, creído nada más, haber descubierto algo, ya lo hubiera lanzado á los cuatro vientos, como sucedió con el bacilus de la tisis, que dió muy buenas ganancias á los fondistas de Berlín, pues se le vinieron encima á Kock todos los tísicos del mundo. Es la única ventaja de la publicidad moderna.

¡Y decimos que estamos en tiempos de poca piedad! Antes sólo se decía: Ayunar cuando lo manda la santa madre Iglesia, ó santificar las fiestas de la Iglesia. Ahora hay que decir: Descansar cuando lo manda el ilustre Ayuntamiento; porque según los modernos vientos y ya oficiales prescripciones, no importa que no se fije en domingo el día del descanso, sino que puede ser el que designe la autoridad municipal. Si esto de prescindir de los preceptos de la Religión, aceptándolos, sin embargo, por no ser posible desconocer su inelu-

dible necesidad, no fuera uno de los signos de los tiempos, sería verdaderamente risible este nuevo modo de santificar las fiestas si fuese posible. Eso de que el lunes pueda ser fiesta en Móstoles, y día de trabajo en Carabanchel, y el viernes sea domingo en Santander, y como si fuese lunes en Torrelavega, es de lo más ridículo é irrealizable que se les ha podido ocurrir á los flamantes reformadores modernos. Nada, que nos hemos empeñado en tomar en serio la *Marsellesa*:

Ya no hay lunes, ya no hay martes, etc.

Y basta por hoy de ocuparnos en tonterías.

GERARDO RODRIGO.

### TRIBUTO PÓSTUMO

Tenemos el gusto de ofrecer hoy á nuestros queridos lectores las primicias de varios fragmentos de un bello poema lírico, última producción de aquel admirable orador, distinguido periodista y perfecto hombre de bien, llamado en vida Ramón de Cala, fragmentos dignamente precedidos de algunos rasgos biográficos facilitados por el ilustre y popular cronista *Kasabal*, amigo particular de Cala, y, en esta ocasión, amigo también de la verdad.

RAMON DE CALA

En Jerez, la hermosa ciudad donde había nacido hace más de setenta años, ha fallecido uno de los hombres más notables del partido revolucionario español y una de las inteligencias más poderosas y de los corazones más sanos que han figurado en la política.

Poeta romántico, orador notable, imaginación fogosa, vivió siempre fuera de la realidad y luchando con la pobreza.

Fuésos veces Diputado constituyente y una vez Senador, y habiendo ostentado tan alta representación, acudió, para ganar su sustento, á trabajar como peón en la construcción de una línea de ferrocarril, donde manejó el pico hasta que, agotadas sus fuerzas, tuvieron que llevarle al hospital.

Sólo entonces se supo que el humilde obrero había figurado entre los legisladores del país.

Cuando fué á tomar posesión de su cargo de senador, no tenía más pantalón que uno de lienzo, de fondo blanco y listas negras; y como el uso le había oscurecido, se decidió á lavarle para presentarse con más decoro ante sus compañeros de la Alta Cámara.

El mismo llevó á cabo la operación de limpieza, y él mismo se arregló para plancharse el pantalón después de seco.

Quedó la prenda como un armiño; pero ¡oh cielos! al ponérselo notó que el lienzo había encogido y que el pantalón se le quedaba á media pierna; pero como no tenía otro, con él se presentó en el Senado.

—¡Ramón!—exclamó su tocayo el inolvidable Correa al verle en el salón de conferencias.—¡Qué chasco me has dado!

—¿Por qué?

—Porque yo creía hasta ahora que las piezas rayadas eran las de más alcance, y tu pantalón me está demostrando lo contrario.

Cala escribió, entre otras obras notables *Los Comunes de París* (Historia de la Commune); fué director de *La Igualdad* y uno de los miembros más vactios en la minoría republicana de las Constituyentes del 69.

Una casualidad ha hecho que llegasen á nuestras manos las últimas cuartillas que escribió pocos días antes de morir, y la publicamos como recuerdo de un hombre que fué por varios conceptos muy notable.

\*  
\*\*

Siguen á este cariñoso homenaje de *Kasabal* algunos renglones de Ramón de Cala, dirigidos á su entrañable amigo Fermín Salvoechea, y que sirven como de prefacio á la publicación de sus versos.

«Querido Fermín: Me pides unas líneas para insertarlas en un libro que piensas publicar, y cuyo producto íntegro destinas á aliviar la suerte de unos compañeros presos. ¡Siempre te encuentro el mismo, viviendo para los demás!

Al escribir estos renglones, he recorrido el campo de la memoria, porque también yo, en los pasados tiempos de felicidad, escribí libros y compuse versos; todo lo cual se ha extraviado en las convulsiones constantes de mi existencia; de manera que no conservo más que lo que me ha quedado en la memoria.

A la memoria recurro, y á continuación te pongo unos fragmentos de cierta composición que titulaba *Engaños de la Felicidad*, y dicen así:

«En blando césped de menuda hierba contento me reclino.

Un límpido arroyuelo cristalino,  
apenas murmurando,  
se escabulle entre juncos silbadores  
al resbalar, besando  
sus márgenes, bordadas por las flores.

Corpulentas encinas  
de rudo tronco y trémulo follaje,  
ofrecen su ramaje  
á mil cantoras aves peregrinas.

Y ¡con cuánto cuidado  
los brotes de la tierna enredadera  
oprimen, de aquel álamo elevado  
el tronco esbelto, y sube hasta las ramas,  
y se humilla rastrera,  
culebrea, se abraza, y en la copa  
el tallo más ufano  
asoma sus anillos entreabiertos  
queriendo asir también el aire vano!

¡Oh, silencio! ¡Mirad á la graciosa  
perdiz, cómo reúne  
sus dispersos polluelos cariñosos!  
Mirad con qué alegría  
en la florida alfombra se recrea,  
escarba, se sacude  
y la movida tierra picotea!

.....  
.....  
.....  
.....

Huyó la noche, el astro esplendoroso  
tras la pelada cumbre alza su frente  
soberbio y majestuoso,  
para medirnos con su eterno vuelo  
el camino del tiempo presuroso  
en la tendida bóveda del cielo.

Y otro día pasó. Oigo á mis plantas  
en hondo cauce rápido un torrente,  
que en la quebrada peña  
rompe bramando su veloz corriente,  
que del fragoso monte se despeña.

Y llega hasta mi oído,  
en confusos rumores,  
del negro cuervo el fúnebre graznido,  
al par que la agradable melodía  
del tierno ruiseñor, que canta amores.

En la floresta umbría  
del rapaz gavián el grito horrendo  
responde á la inocente tortolilla,  
que triste está gimiendo  
con arrullo expirante  
¡ay, qué dolor! á su perdido amante.

Y si escucho á la brisa en la enramada  
cuando en su hojosa alfombra juguetea  
reír alborozada,  
oigo también alzarse de repente  
el estrépito horrible  
de la roca que rueda hasta el torrente.

¡Cuántas veces oyendo el lastimoso  
quejido del que en lecho moribundo  
anhela en vano sepulcral reposo,  
contesta en el profundo  
olvido del consuelo  
triste beso, que cruje entre los labios  
de enamorada virgen ruborosa  
como el único alivio que da el cielo!

Y cuántas ¡ay! se mezcla cada día  
el rumor de una tímida plegaria  
con el horrible acento de la ímpia  
gutural maldición!.. ¡Sutil veneno  
que segrega, en su estúpida porfía,  
un corazón de enemistades lleno!

.....  
.....  
.....

RAMÓN DE CALA.

## LOS INVENTORES

Enrique de Yluso, hijo de una familia bien acomodada de la provincia de Cuenca, después de aprobada la filosofía vino á Madrid y comenzó á prepararse para una carrera especial.

No se había fijado: tan pronto quería descender á las entrañas de la tierra y hacerse ingeniero de minas, como subir á los espacios y dar dirección á los globos; lo mismo le atraía la construcción de ferrocarriles, que los problemas todos de la mecánica; y así pasaron los años, y sin entrar en ninguna escuela y consumido el patrimonio de sus padres, llegó nuestro D. Enrique á cumplir veintisiete años, sin carrera, con grandes aficiones filosóficas y, sobre todo, con grandes condiciones de inventiva.

Hoy tiene treinta y tres años, y es calvo; lleva barba corrida sin partir, cortada por los lados y unida por abajo; es delgado; viste generalmente de negro; lleva anteojos; — no quevedos, sino gafas de acero sumamente fino; — tiene la nariz aloritada, los labios delgadísimo, las manos blancas, no tanto las uñas, y fuma cigarros de papel, que él mismo se hace en lo que llama cilindro generador, de su invención.

Vive solo en una casa de huéspedes de la calle del Olivo; tiene una alcobita y una sala; en la primera no hay más que un catre y una silla, encima de la cual hay una vela y una caja de fósforos de esas italianas que tienen la historia de Nana; por cierto que la figura de la heroína se halla emborronada y cubierta de un rondel de esperma con un punto negro en el centro de la circunferencia, sin duda porque la caja le sirve de apagador.

En la salita hay un aguamanil pintado de verde al temple, de aquellos que ya no se ven por el mundo, y sobre él una palangana de Talavera con unas flores verdes y unas hierbas encarnadas, que es lo que hay que ver.

Cubriendo todo el artefacto hay una toalla de granito con conatos de fleco, y una línea encarnada á cada costado, que, aunque algo pálida, anima el cuadro.

El aguamanil, que remata por el pie en lo que nuestros prenderos llaman "pata de cabra", tiene en su centro (considerando el centro de alto á bajo), sujeto por los tres pies que le forman, una especie de vasar, donde se ven, protegidos por la sombra de la toalla, una pastilla de jabón y un batidor, al que, por más señas, le faltan varias púas en la parte clara.

Hay en la salita cuatro sillas de enea, una mesa cubierta de libros y papeles y un tablero de dibujo, en el que en estos momentos campea un plano que tiene por objeto explicar un aparato de navegación aerostática.

Un baúl, y encima de él dos pares de botas, completan el ajuar, al que vienen á dar carácter estético un

retrato del inventor del vapor, recortado de *El Globo*, pegado á la pared con dos obleas, y varias caricaturas de *El Motín*, distribuídas á guisa de cuadros y clavadas por un procedimiento parecido al que ha servido para la instalación del retrato de Wat de que antes hablé á ustedes.

Enrique de Yluso, así instalado y pasando más que regulares apuros para realizar lo que llaman los sociólogos la ley de la lucha por la existencia, muchas veces, al considerar su penuria, dice con gran fe (hay que reconocerla):—Mi vida es como la de todos los grandes inventores: todo lo sacrifico á la ciencia y á la humanidad; no hay que desfallecer, mi misión es grande.

Debutó de inventor con un procedimiento sencillísimo para la creación de fuerza.

Decía él:—Una máquina que se limita á aprovechar toda la fuerza inicial, es simplemente una vulgaridad; el problema es este: con cien kilogramos de fuerza hay que producir un esfuerzo de quinientos; y esto se logrará por un sistema de palancas.—Al efecto construyó una bola esférica, *remedo del planeta*, á la que unió una palanca en forma de malacate, haciendo descansar la bola que había de mover en un solo punto de un aparato que llamaba de soporte, y enganchando al límite del malacate un gato, previamente pesado, dentro de un saco.

Y decía Enrique:—El gato que mueve el aparato pesa menos que la bola movida; luego por la palanca he creado una fuerza, y este sistema perfeccionado, y haciendo una palanca de materia dura, que tuviera muchos *trillones* de kilómetros, podría mover la tierra en sentido contrario al de su rotación con sólo la fuerza de un burro, manchego por ejemplo.

Sobre este proyecto escribió á Echegaray, y, como no le contestara, decía hablando de él:—Como dramaturgo puede pasar, pero como mecánico, *ni esto* (poniendo la uña del dedo pulgar en los dientes de arriba).

Más tarde inventó una rueda en forma de aspa, en cada una de las cuales había un receptáculo en que encajaba determinada cantidad de azogue, que caía perpendicularmente de una en otra aspa, produciendo el peso específico de este metal nada menos que el movimiento continuo; por cierto que esta idea la tomó en la plaza de Santa Ana viendo cómo un pájaro movía una jaula de esas que tienen una rueda en forma de estrella.

Para la explotación de su invento de movimiento continuo se puso de acuerdo con varios hombres de negocios, de los que van al café de Puerto Rico, y sobre el mármol de aquellos veladores, con un lápiz que siempre lleva en el bolsillo, ha hecho Enrique más cróquis y resuelto más ecuaciones que el más atareado ingeniero constructor.

Pensó primero en la constitución de una sociedad por acciones que había de formar un sindicato para lanzar el negocio; por de contado, sin olvidarse de pedir el privilegio en Francia, Alemania y demás países extranjeros de América y Europa; pero la cosa no cuajó, no solamente porque no pudo reunirse el capital, á pesar de las sendas tazas de café que, con media tostada de abajo, hubo de tomarse con los *dineristas*, sino que, por miserables envidias, no quisieron despacharle los planos en el Ministerio de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas.

Aunque preocupado con la mecánica, no descuidaba la filosofía, y positivista dentro de ella, realista en literatura y republicano en política, tenía un trabajo inédito en el que se había propuesto demostrar:

1.º Que la filosofía y la razón no son más que los resultados de la mecánica cerebral, cuya caldera es el estómago.

2.º Que la célula es perfectamente factible para la físico-mecánica moderna, y que el ideal de la humanidad y su riqueza serán las incubadoras humanas que enriquecerán todas las clases sociales, con excepción de los profesores de obstetricia.

3.º Que siendo el hombre una máquina, el porvenir de la medicina es sustituir las entrañas naturales con otras compuestas de laca y ciertos aglutinantes convenientemente activos que podrían, para mayor resistencia, embrearse, y para mayor belleza, niquelarse.

No habiendo encontrado editor para este libro, esperaba tranquilamente á que se realizase algún curso científico, ante cuya consideración pensaba exponer su obra, que, por un insondable misterio del espíritu, tenía resuelto dedicar á los frenópatas.

Abandonando la filosofía por los mecánicos problemas que más cautivaban su afición, inventó más tarde una locomotora que para nada necesitaba caldera ni vapor: bastábale el aire comprimido, y por un sistema de válvulas y correajes lo almacenaba en las bajadas y lo utilizaba en las subidas, y decía un día en el sacro fuero de la inspiración, por cierto en el café de Levante, después de comerse una ración de ternera con patatas y de tomar una taza de café con gotas: — No más explotación de cuencas carboníferas; no más minas, que vilipendian al obrero moderno: sustituyo el carbón con el aire; el aire no es denunciante; no hay que pagar canon para su explotación; no ha menester capital que le procure; es la más libre, la más espiritual, la más aérea de todas las fuerzas; voy á hacer una revolución en el mundo más imperecedera que la que hizo Jesucristo, que después de todo fué tan filósofo como yo, aunque menos mecánico.

Y cada uno de estos inventos, cada una de estas adquisiciones, detrás de la cual veía siempre un sindicato de banqueros que había de lanzar el negocio, porque para sustituir al capital no había encontrado hasta entonces más fuerza que el aire, le sostenían meses y meses, y vivía de esa inexplicable realidad que siempre produce la esperanza.

En cierta ocasión, hace ahora dos años, flaqueó por vez primera su fe científica.

Había ideado un freno eléctrico que ponía en comunicación constante á los maquinistas de los trenes ascendente y descendente, de forma que se habían evitado todas las señales ópticas y acústicas de que se valen las explotaciones de ferrocarriles. Un hilo conductor que iba por el centro de la vía en comunicación constante, por medio de una rueda, con cada uno de los furgones en que iba el guardafreno, era la base de su mecanismo; y tuvo la suerte de encontrar á don Homobono González, hombre de medianos posibles, asiduo lector de Julio Verne y entusiasta por los adelantos materiales del país, de esos que parece que están descando que se presente un negocio descabellado y científico para entrar en él, que le auxilió con algunos centenares de pesetas.

Pero las compañías españolas, rutinarias y absurdas, no se prestaron á que Enrique hiciera sus ensayos, y éste, provisto de planos y Memorias, hubo de convencer á D. Homobono de que lo importante para realizar una fortuna y un progreso era marchar á París con el invento.

Hechos los preparativos, y mediante la entrega de 1.500 pesetas que Enrique recibió de su Mecenas, salió aquél para París, con solos 3.853 reales, porque el resto hubo de sacrificarlo al pago de ciertos *ingleses* que le amargaban su científica existencia, y á comprar alguna ropa para presentarse dignamente al cerebro europeo.

Apenas llegó Enrique á París — y he olvidado decir á ustedes que, aunque no muy correctamente, Enrique hablaba el francés —, le faltó tiempo para alojarse en el hotel de Mme. Lafolie, en la rue Laffayette, y concurrir asiduamente al café de Madrid, en el pasaje Jouffroise.

Visitó los Inválidos, la tumba de Napoleón, la Biblioteca, el Panteón, la capilla Expiatoria; fué al Bosque, á Valentinó, á Folies Bergeres, y en quince días se hizo tan parisién, que tomaba ajeno por la tarde y decía á las obreras que encontraba al paso: — *El ta seur* —; pero no había logrado ver ni al Director de los ferrocarriles del Oeste, ni al del Norte, ni al de París á Orleans, ni al de París-Lyon-Mediterranée, ni á ninguno, en fin, y eso que les había escrito á todos manifestándoles que él, Enrique de Yluso, ingeniero práctico español, había inventado un freno cuyos planos acompañaba, etc.

Pasaron quince días, y nada; nadie le contestaba; fué á la Sociedad de Ingenieros civiles de Francia, en la Cite Bergere, y no logró ver más que al portero. Don Homobono le apretaba con cartas, esperando la realización del negocio, y los 3.853 reales se habían concluido.

El cerebro de Europa sin dinero es muy desagradable: las *risitas* se acaban en cuanto se concluyen los *franquitos*, y la *caisiere* del hotel le había presentado ya dos cuentas sin resultado y con extraordinaria seriedad.

Enrique principió á abandonar el proyecto para pensar en el estómago y en el retorno á la patria, á este Madrid típico, donde las ilusiones se cambian por *beef-teacks* como en ninguna parte del mundo; y la Providencia se le apareció un día en el boulevard de la Magdaleine en forma de un señor de Cuenca, antiguo amigo de su padre, de buena posición y carlista impenitente, que vivía en París esperando que hubiera un movimiento que hiciese triunfar la tres veces santa causa de Dios, Patria y Rey.

Con algunos, pocos recursos, tan pocos, que tuvo que abandonar en el hotel el equipaje, volvió Enrique á Madrid con la fe algo quebrantada; pero así que se volvió á ver en su casa de la calle del Olivo, en cuanto recapacitó que la levedad francesa no es á propósito para la comprensión de los grandes problemas mecánicos, volvió á sus inventos, y hoy se ocupa, tal y como lo he presentado á ustedes en los comienzos de este artículo, en resolver el problema de la navegación aérea, que ha de cambiar las fases del comercio y de la guerra.

No hace todavía muchos días le encontré yo en el café de Puerto Rico haciendo números sobre un velador, y me manifestó que tenía resuelta la dirección de los globos por la fórmula P. R<sup>a</sup>.

J. VALERO DE TORNOS

## A UN PALO DE TELÉGRAFO

Ayer, monarca de los bosques eras,  
dispensador de sombra regalada,  
lecho hojoso del aura enamorada,  
bulliciosa ciudad de aves parleras.

Hoy, triste, escueto, ni volver esperas  
á tu pomposa juventud pasada;  
de desnudez imagen desolada,  
y esqueleto de muertas primaveras.

Mas no llores tu verde lozanía,  
ni las ausentes auras voladoras,  
ni tu diadema de follaje vano.

Hoy, de un gran porvenir marcas la vía;  
tus auras son palabras vibradoras  
y tu corona el pensamiento humano.

CARLOS PEÑARANDA.

## LA GORRA DEL PRESIDENTE

(Carta fantástico-acuática.)

Esparcid flores, niñas gallegas  
Y al aire suba canto marcial;  
Que ya la gorra del Presidente  
Surgió triunfante del ancho mar!

(Imitación de la *Avellaneda*.)

SR. D. JUAN Y MUY REVERENCIADO AMIGO:

Adivino el respingo que ha de pegar usarcé al ver petras más fechadas en este apacible rincón de las rías gallegas cuando tal vez, al acordarse de este su servidor, pensara me hallase en esa Villa y Corte agazapado en cualquier chiscón del Real Museo para amenguar en lo posible los rigores con que en estos meses nos obsequia el *rutilante Febo*, — según se decía el año 30 —. ¡Pero ay, amigo D. Juan! En vez de pasar como antaño entre siesta y botijo las tremendas horas en que nos tuesta las mollereras el rey de los tabardillos, hase puesto en moda también entre nosotros la de ir á baños, y aparte de mi hermano en lienzo *Marte*, por la extremada parvedad de su vestimenta y ligereza de paños con que á nuestro insigne Padre *Don Diego* le plugo crearlo, ó los ruñanes, vulgarmente llamados *los borrachos*, incapaces por su baja condición de sentir ciertos estímulos, nos hallábamos los demás hijos del gran *Velázquez*

—sobre todo *el niño de Vallecas*, *Pablillos* y las *meninas*, por sus condiciones estas últimas de sirvientes en la Real Casa — apenados y pirrados de envidia por imitar á las gentes empingorotadas y de capuz que aprovechan las *forzosas vacaciones* para recorrer playas y balnearios.

Yo, merced á lo paliducho, enteco y desmedrado de mi figura, interesé á uno de mis guardianes que obtuvo por recomendación de D. Mariano Catalina permiso para que fuese por un mes adonde más me viniera en gana, á fin de oxigenar mis pobres alientos, harto desmayados con tan larga encerrona en el Museo; — y héteme aquí — D. Juan del alma, gozando, como chicuelo en día de asueto, de la hermosura incomparable de estos campos.... de estos prados de tan intenso verdor, de estas rías — ó más bien de anchurosos brazos del mar que se entran tierra adentro formando mil recodos y risueñas enseñadas —, de estos bosques poblados de abundosos castaños y bien olientes pinos que saturando el aire de sus emanaciones bienhechoras dan salud al cuerpo y grato esparcimiento al ánima.

Y como dijo el gran Lupericio:

La hermosura y la paz de estas riberas  
Las hace parecer á las que han sido  
En ver pecar al Hombre las primeras.

Pero en fin, dejándome de más distingos ni de citas arcaicas de aquel *Siglo de Oro* en que yo vine al mundo, debo referir á usarcé, Sr. D. Juan, el motivo de estos mal perfeñados renglones, que no es otro que el de referirle el caso más espantable que háme podido ocurrir en mis correrías por estas playas, y del cual guardo aún tal susto que en mucho tiempo no me lo han de sacar del cuerpo, y pedirle á la vez consejo en lo tocante á cuanto yo deba hacer en vista de suceso tan fuera de lo usual y de tanta y tan portentosa novedad.

Yo bien sé que soy *bobo*.... y por tal me tengo, en lo cual llevo no despreciable ventaja á tanto ilustre alcornoque que sin recato se pregonan como asombrosas lumbreras del saber humano.... á tantas encopetadas damas que aceptan los dictados de *ilustres* sin acordarse de que hubo un D. Francisco de Quevedo que escribiera *La ilustre fregona*.... á tanto ministro del Rey nuestro Señor que se esponja cuando le llaman *sagaz*, sin que jamás haya dado mayores muestras de sagacidad que mula de noria.... á tanto político y personaje de afectada oratoria y sentenciosa autoridad que aceptan impávidos los dictados de *insignes*, *eminentes* y *entendidos*, sin parar mientes que todo ello lo deben á la destreza de su *secretario*, que supo aderezarles la inteligencia con no escasos sudores.... Pero en fin.... ello es que hay que pasar por los adjetivos tal cual hoy se prodigan á roso y velloso, como suele decirse.... aguantar el chaparrón como quiera esa raza folicularia y parlanchina llamada *periodistas*, y á la que, con gracejo increíble en persona de tan tristonera apariencia como el Sr. Marqués del Vadillo, equiparó con la humana conciencia por hallarse siempre presentes.

Y sentado esto, para que el presente relato no sea acogido como *bobadas* sólo por ser mío, entro ya en él de lleno sin más advertencias ni repulgos en el fondo del asunto.

Aficionado, como buen madrileño, á contemplar el mar ó los grandes ríos, ya que en la Villa y Corte sólo gozamos como *recreos acuáticos* del mísero Manzanares.... del limoso estanque del Buen Retiro y de la charca de la Casa de Campo,

"Salime yo una mañana  
del sol al primer reflejo"

y andando á un tiempo y pensando, no di en el cementerio como el protagonista de las célebres *Quintillas de Serra*, sino en la hermosa y bien cuidada carretera que, bordeando al mar y atravesando extensos pinares, une á esta villa de Marín con la no menos industriosa de Cangas en la ría de Vigo. Todo el camino es un largo panorama de bellísimos paisajes, pero antes de llegar al promedio del camino existe allí, al abrigo de un recodo formado por dos verdes montecillos que cual celosos guardianes avanzan en el mar, una playa linda é impregnada de poética dulzura que besan las olas inconstantemente con rumorosa ternura. A su espalda

se extienden los campos en amplio anfiteatro, viéndose ondular las cintas lustrosas de los verdes maizales á impulsos de una brisa tan fresca y bienhechora, que vivifica los pulmones y parece dar nueva vida al organismo.

Llamaré aquel lugar *Porti-celo*: y en verdad que el nombre le cuadra á maravilla, pues desde allí, donde la vista alcanza tan dilatado horizonte sobre el Océano y donde tantas bellezas reunió la naturaleza, se comprende mejor que en parte alguna la inmensidad creadora del divino Hacedor, elevando hacia Él nuestras almas en un himno espontáneo de sublime admiración....

Ni el golfo de Nápoles, tan decantado, ni las tan ponderadas islas *Borromeas* y lago de Cóm, en Italia, ni los lagos de Suiza y Escocia alcanzan los grados de hermosura — según oí decir aquí á cierto diplomático jubilado, cuya ardiente imaginación, á pesar de los años, aún echa *chispas* — que este casi olvidado rincón de Galicia, desconocido y menospreciado por los españoles, pero admirado y ardientemente deseado por los ingleses — ¡aunque viejo ya en tierra española! —.

Como mi afición á las cosas de mar no es puramente contemplativa, sino que también hácenme gozar intensamente las emociones de la pesca, á ella me dedico muchos ratos y lanzo al agua mi cordel provisto de anzuelos y plomada, esperando con ansia el momento en que las titilaciones del aparejo anuncianme que hay pesca, para tirar rápidamente del cordel izando fuera del agua al *pancho* de reluciente escama, á la *doncella* de encarnadas aletas, al *jurel* que pugna por libertarse ó á la *caballa* de lustroso lomo y pintados colores.

Hallábame, pues, ocupado en tan agradable faena, y, fija toda mi atención en la cuerda que sostenía, revolví, no obstante, allá en mi pobre caletre los ambiguos términos en que se trata de solucionar al temeroso pleito entre *jeitos* y *trañías*, sin contentar á nadie, cuando un tirón más fuerte que los de costumbre hizo-me sospechar que había caído pieza de desusado grandor. ¡Barbo ó besugo tenemos! — exclamé gozoso —; tiré rápidamente del aparejo, y — ¡oh cruel desengaño! — enganchada á uno de los anzuelos había una miserable *fanexa* que apenas coleaba; pero en el último, y junto al plomo, distinguí un objeto sucio y arrugado, que examinado más despacio parecióme á modo de gorra de marino de graduación superior, á juzgar por unas cintas á guisa de entorchados que la rodeaban. ¡Valiente pesca! — exclamé amostazado arrancándola del anzuelo y arrojándola con desdén al fondo de la barca; pero al mismo tiempo — ¡y aquí entra lo asombroso, D. Juan de mi alma! — oí una ligera carcajada seguida de una vocecilla tenue y chillona, que distintamente pronunció la palabra ¡recio! y añadió: — *Bien pudieras ser más cortés con quien ha visto muchas cabezas descubiertas é inclinadas ante sí!*"

Perplejo.... mudo.... y un tanto medroso, quedéme atónito, sin acertar de dónde procediera aquella voz que así me increpaba, y un tantico faltó para no caer de cabeza al mar, al contemplar, con todo lo abiertos que me lo permiten mis ojos bizcos, que la gorra que había sacado del fondo del mar sacudiese el agua como perro lanudo.... se estiraba.... y dando repetidos saltos pugnaba por alcanzar uno de los asientos de la embarcación en pleno sol. ¡Ayúdame, zarramplín! — me decía con voz cada vez más aguda y colérica — ayúdame á ponerme al sol para secarme, que hartó prolongado fué el remo-jón! — ¡Quién me lo dijera! — á mí, que ostentando las doradas insignias propias del elevado cargo de mi amo he paseado entre Reyes en los buques de guerra y he sido mirada en todas partes con envidia por miles de españoles!.... ¡Ja.... ja! — proseguía con risa burlona — ¿tú sin duda, esperabas atrapar algún *pancho* de fenomenal gordura? ¡pues te engañaste!.... aunque bien pensado, algo soy de un *Pancho* — como le llaman en la intimidad rosados labios — pero que "*es pez*" de tan sutil ingenio, que es difícil pescarle: antes bien, él suele "*apescar*" á los demás, y aun á veces *sacar el copo!*

Moviéronme á curiosidad tales palabras, y alargando la mano así la gorra, á fin de examinarla á mi sabor. Era de las de hechura alemana, de finísima tela blanca y orlada de tres anchos galones dorados á modo de

entorchados de General, figurando ojos sobre fondo negro: dos botones con la corona real, aunque algo ennegrecidos, brillaban en ambos lados, y la visera, de finísimo carey, relucía al sol, dejando escurrir las últimas gotas: toda ella era de traza muy galana y en la parte interior lucían dos iniciales, una F y una S, artísticamente enlazadas en metal dorado á fuego.

— ¡Ya!.... ¡ya puedes! — saltó la indina con acento zumbón —, ¡ya puedes mirarme y remirarme, pues aun cuando dijeron ciertos papeluchos, que se complacían en hacer rabiar á mi amo, que yo era gorra de almirante, soy solamente la que corresponde á ministro de la corona «en funciones».

— ¿Oiga? — dije yo. — ¡Y qué enterada se halla la muy parlara de asuntos cortesanos!

— De algo ha de haberme servido — repuso con desdén — hallarme tantas veces asentada sobre las plateadas guedejas de mi amo, protegiendo de los rayos del sol aquella cabeza de aspecto un tanto romántico!.... Pero ¡ay de mí!.... ¡qué cuando menos lo pensara, y como un Canalejas cualquiera, caí al agua, y en su fondo he permanecido cerca de dos años!.... ¡Dos años! más de lo que puede resistir fuera del poder cualquiera liberal que se estime! — Y proseguía diciendo: ¡Y qué vida la que ahí abajo he llevado!.... Gracias á una roca que me prestó uno de sus más escondidos agujeros, he podido vivir á cubierto de tantos peligros como me rodeaban....; pues unas veces eran peces gordos y voraces, muy semejantes á ciertos senadores amigos íntimos de mi amo, que acechaban la ocasión de disputármeme á dentellada limpia....; otras, eran grupos de *percebes* y de *congrios* que me recordaban por su charla idiota é insubstancial los grupos de diputados que visitaban el barco regio en su viaje....; otras veces, gigantes *pulpos*, que imitaban á conocidos usureros hombres de negocios de la Corte, tendían hacia mi sus mil tentáculos para agarrarme.... ¡Ah, qué horror!.... ¡Cuánto peligro!.... ¡Qué desesperada lucha por la existencia ahí abajo, donde, sin remedio que valga, *el pez grande se traga al chico!* ¡Qué dramas tan terribles los que se desarrollan en aquellas profundidades!.... ¡Ah!... Tened por cierto que si el más fecundo de nuestros dramaturgos, que descansadamente sesteaba en estas riberas, pudiera conocerlos, hallaría argumentos y trazas de grande novedad que dejaran tamañito á su *Loco Dios!*

— ¿Y cómo ocurrió vuestra caída? — pregunté yo, interesado en las aventuras de aquella gorra parlanchina —.

— Muy sencillamente — respondiome — y como casi siempre ocurren las grandes catástrofes en la vida.... Una tarde hallábame yo limpia, almidonada y orgullosa sobre la cabeza de mi ilustre amo, á bordo del *Giraldá*, donde viajaba en cumplimiento á los altos deberes de su cargo y recostado contra la borda en postura indolente y tal como si estuviera oyendo alguna lata discusión entre Labra y Rodríguez San Pedro; acercósele un secretario, y al darle cuenta de cierto telegrama urgente de *Dato*, en el que no sé qué chismes le contaban de *Villaverde*, llevóse rápidamente las manos á la cabeza, y tropezando con mi visera me lanzó al mar con ímpetu irresistible.... Un momento se detuvo al verme sobre las olas...., pero al fin...., encogiéndose de hombros con cierto desdén y cual si se tratase de la caída de cualquier amigo político...., alejóse...., abandonándome á mi triste suerte. ¡Que tal es el pago de quien sirve lealmente á los poderosos!

— ¡Buena filosofía es esa! — añadí yo —, pero algo tardía y un tantico interesada, pues en Dios y en mi ánima juro que si os vierais otra vez cubriendo la mollera de vuestro amo, bien pronto olvidaríais la voltereta.

— Decís bien, amigo — contestó con voz más reposada —, y espero verme muy pronto *de servicio*.

— ¡Ah cuerpo de tal! — la contesté soltando la risa y, como dijo el otro, *no asamos y ya pringamos*, — ¡aún no pudo sacudirse el agua que sacó del fondo y ya piensa la muy.... guñapo en volver á figurar y hacer papelón entre la gente cortesana?.... ¡Bah! — déjese de tales ensueños, *señora gorra*, que no han de faltarle á su dicho amo y señor gorras nuevas de todas clases y tamaños, llegado que sea el caso de necesitarlas *en funciones*....

Porque por ahora va para largo, pues el *viejo pastor* del ganado liberal, que hoy manda, se halla tan aferrado al poder, que primero suelta los dientes que la tajada!

— ¡Oh dolor! — exclamó ella. — ¡Por lo visto no pudo *el otro* implantar los grandes ideales que sentía yo bullir en su cerebro de hombre de Estado!.... Y aunque, á decir verdad, en pocas ocasiones sentí latir con precipitación sus sienas — salvo en el caso de ver una buena moza —, no por eso y fríamente examinados los asuntos perdían su mérito, antes al contrario....; pues el continuo tejer y destejer en asuntos de gobierno quedábase para gobernantes de poco fuste como los actuales, ó ministrillos del montón! — Eso es muy cierto — repuse yo —, pues los actuales consejeros de la Católica Majestad son como *las zarzas*, que *dan su fruto espinado*: y si alguno como mi muy semejante amigo — en lo de bizcar dulcemente, que no en lo de bobo — el Ministro de Estado, se arriesga á hacer pinitos, bien pronto un terrible palmetazo asestado desde las orillas del Tíber le hace entender que más le vale.... *estar duermes!*

— ¡Ah! ¡y qué injustos son los pueblos con sus grandes hombres! — proseguía diciendo la maldecida gorra en interminables lamentaciones — ¡Ah! ¡qué injustos y desagradecidos!.... los triunfos económicos y gubernamentales, los éxitos indiscutibles de una política de altura, si bien mal comprendida por los enemigos del regionalismo, obtenidos por mi señor, de nada le sirvieron ante el griterío estúpido de masas *electrizadas*. ¡Ni siquiera su obra meritísima inutilizando al gran general cristiano y quitándose de encima cual á mosca borriquera!.... Solamente después de fallecidos se rinde en esta tierra ingrata homenaje á sus virtudes.... ¡y si no, dígalo la memoria de cierto eminentísimo hombre de Estado de mirar igual al mío, y cuyo recuerdo más de una vez empañó en sudor la frente de mi amo, con detrimento de mi badana! ¡Pero aun así — añadió con voz chillona —, tengo á muy feliz augurio mi salida del mar en las presentes circunstancias, y, nuevo *Nereo*, no será mi profecía de males y catástrofes, sino de bienes y dulzuras para mi amo y sus amigos.... y quién sabe si lavada, planchada y perfumada luciré yo misma otra vez sobre su aristocrática cabeza en ciertas expediciones marítimas que se anuncian para el próximo otoño!....

Tal dijo: y quedándose como adormecida permaneció sin chistar ni mistar en un rincón de la barca. Hasta aquí la relación del suceso; y ahora entra la consulta: ¿Debo y puedo quedarme con la gorra, declarándola *buena presa*, ó, por el contrario, estoy en la obligación de devolverla á su amo, aun en el estado de *riguroso pingo* en que se halla?

Esperando su contestación, siempre acertada, besa las manos á usarcé su siempre devoto amigo

EL BOBO DE CORIA.

Marín, Agosto de 1902.

A \* \* \*

Quando veo de un novio la alegría,  
no puedo menos de decirle ¡guarda!  
Muy bruto debes ser. ¿No te acobarda  
todo esto, aunque parece poesía?

¿Crees tú que has hallado la armonía  
y que tu dicha ya nada retarda?  
hombre, por Dios, agarra una espingarga  
y ve á instalarte en la región sombría.

¿Qué crees? ¿que el casarse es todo flores  
y cantar como el pájaro en su nido?  
Ya te vendrán á despertar traidores  
cuando los tengas en mayor olvido.  
¡Huye, infeliz, de todos los amores,  
que en ellos el vencer es ser vencido!

F. DÍAZ GALLO.

## LA LENGUA DE LOS GITANOS ESPAÑOLES

Nuestra insuperable afición á los estudios lingüísticos ha sido causa de que atendiésemos á las lenguas de mezcla ó de aluvión más que á las mejor definidas etnológicamente, persuadidos de que hallaríamos en

aquellas más variada y completa enseñanza. Entre las primeras ninguna tan importante como la de los gitanos, que conservando invariable ó con escasa modificación las raíces sánscritas, afecta las formas gramaticales preferidas por los distintos países en que se habla, á la manera de aquel pájaro americano que, sin tener canto propio y característico, imita admirablemente los de otros habitantes de la selva donde fija su morada.

Hoy para nadie es dudoso que la lengua gitana es derivada de la sánscrita; como que es la de una casta indiana de las ínfimas, que se vió obligada á expatriarse del natal territorio. Pero lo que conserva son las raíces, y toma de las naciones por donde ha pasado lo que pudiéramos llamar la florescencia gramatical. De suerte que con los gitanos se realiza un fenómeno filológico opuesto diametralmente al de las lenguas francas; los que hablan éstas no se mueven de su país y admiten el léxico más que la sintaxis de los idiomas extranjeros; los gitanos vagabundos y que por todas partes viajan van recogiendo palabras de todas partes y agregándolas al fondo de su pobre idioma, y así forman, no dialectos del español, ni del alemán, ni del ruso, sino del primitivo idioma, que goza de respetable antigüedad entre los de la familia aria.

El desprecio con que se ha mirado esta raza, cuyo valor moral no estamos llamados á discutir, ha influido no poco en el estudio de su idioma. Hasta nuestro Hervás, se ignoraba de dónde procedían los gitanos y de dónde provenía su lengua; pero gracias al talento de este incomparable jesuita, honra de nuestra nación, estos secretos son ya cosa averiguada. Si algo faltaba á las afirmaciones de Hervás, los trabajos de Mr. Burrow, el laborioso autor de *The Bible in Spain* y de *The Gipties en Spain*, tenemos todo lo que necesitábamos para orientarnos en cuestión tan debatida. Ni los gitanos mismos saben de dónde proceden; pero no importa, la ciencia ha sabido averiguarlo.

Las lenguas participan de la gloria y de la ignominia de las razas, por más que filológicamente valen poco; la inglesa nos lo prueba; como el pueblo valga mucho, se hacen importantes. Si como creación filológica valen lo que la éuscara y no se desarrolla el pueblo, nadie las hace caso. Esto ha ocurrido á la lengua general de los gitanos, que con imitar á todas las demás y con divorciarse de la literatura, se anuló á sí misma, y probablemente para no levantarse jamás de la postración en que se halla. Pero esa misma circunstancia la hace acreedora al estudio de los filólogos, en cuanto cultivan la ciencia pura y no la aplicada.

Así como el pueblo judío ha venido recogiendo injurias y dinero de una en otra nación, los gitanos han venido recogiendo palabras. Pero los primeros han renunciado á su idioma, y de ninguna manera los segundos. Lo han enriquecido con vocablos y frases alienígenas y le han dado variedad, y belleza le hubieran dado también si hubiese despuntado en ellos la inspiración literaria. Pero despreciados y perseguidos por todas partes, se han disfrazado á sí mismos para poder vivir, como aquellos insectos que para no ser perseguidos se cubren con una especie de máscara y con el color y la forma de las plantas y flores donde establecen su morada. Esto hace doblemente interesante para cada país el estudio de esa especie de caricaturas de su idioma. Admíranse, en efecto, los naturales de cada país al ver copiadas las terminaciones de sus palabras, y lo que es más, la sintaxis de su idioma en voces cuyo significado, á pesar de todo, y aun por eso mismo, no conocen. No pensamos, como Víctor Hugo, que las jergas son repulsivas y que su estudio es impropio de personas decentes; porque la lengua de los gitanos españoles, por ejemplo, no es la lengua de los criminales. Podrá haber prestado algo al caló y á la germanía, pero es la lengua de que hablamos algo muy diferente de ambas.

Nuestra Academia Española no ha examinado esta cuestión con el detenimiento que merece; al leer las páginas de su Diccionario, porque en vano recorreríamos las de su Gramática; no acertamos á comprender lo que entiende por *germanía*, ni si los versos de Quedo y los reunidos por Hidalgo son ó no gitanos. Pero al leer las modernas publicaciones del laborioso señor Salillas, vemos claramente que el lenguaje de los gitanos españoles no es la lengua de los criminales que creían

Zugasti en sus *Estudios sobre el bandolerismo* y Espronceda en cierto canto de su *Diablo Mundo*. Así es que no debemos mirarlo con repugnancia, sino con interés y curiosidad, y que no parece bien que vayamos en zaga á los extranjeros, como vamos hasta ahora, en tan curiosas investigaciones.

La ciencia no debe tener humos ni pretensiones de aristocracia. Ningún conocimiento hay vil, como ningún oficio deshonoroso. La deshonra ha de quedar vinculada en la ociosidad y en la ignorancia. La historia está compuesta de formaciones ó *capas* de pueblos, como la tierra según la estudian los geólogos. La ley del vencedor y la fuerza de la espada de Breno en la balanza, nada tienen que ver con el valor de los pueblos y de las razas. Además, la caridad cristiana nos manda inclinarnos hacia el humilde, y el amor propio mismo renegar de la fuerza y del *Dios Exito*, como principal factor de la historia.

Por esto lamentamos que nuestros ingenios no conozcan más y mejor á un pueblo que hace cuatro ó cinco siglos que entre nosotros vive y que no se ha portado como el judío respecto á los cristianos. Entre nuestros Reyes, sólo Carlos III lo ha protegido; los demás lo han perseguido ó lo han olvidado. Lo único que puede hacer la ciencia es dedicarle parte de su estudio, y así, al honrarle, se honra á sí misma; el águila, con su penetrante vista lo abarca todo, hasta lo más insignificante, y allí donde pone su vista, acaba por clavar sus garras.

Mr. Burrow, el que mejor ha comprendido el carácter y la lengua de los gitanos españoles, era un agente de las Sociedades Bíblicas de su país, destinado á repartir ejemplares de los libros sagrados en España. Desde que salió de Portugal, y desde el mismo pueblo de Aldea Gallega, comenzó á estudiar á los gitanos, comparándolos con los de su país, acerca de los cuales ya tenía hechos estudios muy notables. Llegó á saber su idioma mejor que ellos mismos, porque lo había estudiado como ellos no lo estudian. Conoció sus buenas y malas cualidades, y elogió la castidad de sus mujeres, que juzgaba incorruptibles para los hombres de otras razas. Pero como buen inglés no olvidaba la comisión que en España se le había confiado, y para cumplirla tradujo un Evangelio á la lengua de los gitanos españoles con el título de *Embeó é Majoró Lucas*, un libro que se imprimió en Madrid en 1837, aunque sólo la fecha y no el lugar consta en la portada. Nuestras investigaciones nos han convencido de que en la antigua imprenta de Alegria, en Madrid, se hizo esa edición, que es hoy una verdadera curiosidad bibliográfica. Y la razón nos la da el mismo Burrow, en su libro *La Biblia en España*, que, á pesar de su título, habla una y otra vez con predilección de su pueblo favorito, los gitanos. Cuéntanos que D. Alejandro Oliván mandó secuestrar la edición de su libro y al autor á la cárcel; pero entonces hizo, como siempre, de las suyas la Legación inglesa y Mr. Burrow fué excarcelado.

No creemos que los gitanos españoles aprovecharán mucho el trabajo del filólogo inglés, porque con ellos sucede algo de lo que ocurría con los moriscos, que el barniz del Cristianismo en muchos no oculta por completo otra clase de creencias y las heredadas supersticiones. Pero como no alardean de potencia económica, á guisa de los judíos, ni de influencia política, á la manera de los moros, hallan los gitanos más gracia que los moriscos, y acabarán por extinguirse en el olvido, en vez de necesitar Macabeos y Aben-Humeyas para sostener sus últimas pretensiones.

Sin perjuicio de añadir algo después acerca del idioma, y por vía de curiosa muestra de lo que es él mismo, copiaremos de la traducción de Mr. Burrow la preciosa parábola del samaritano caritativo más que los judíos, que es una inapreciable perla del Evangelio de San Lucas:

“Elabel chalaba ostely de Jerusalem á Jerichó, y dió andré bostes de y eques randes, sos le randaron; y después de terelarle curado, le mequelaron pas-mulo y se chapeescaron.

Anacó, pues, que nacaba por o matejo drum yeque erajai, y pur o dicó, nacó de muy dur.

Y audiar matejo yeque Levita, bigoreando sunparal de ocola stano, y dicandole, nacó de dur.

Tami yeque samaritano, sos chalaba desquero drun,

se bigoreó suparal de ó, y pur le dicó, se lo dió canreas.

Y bigoreándose, le pauló as merdes, chibelando andre siras ampio y mol: y chibándolo opré desquero gra, lo lligeró á yeque mesuna, y tereló cuidado de ó

Y aber chibes sicobó dús calés y os dió al julai y le penó: Garabela manguales y o saro sos gastisareles de butér, menda á tucue lo diñaré pur limbídie.

¿Coin de ocolas trin penchabalas que sinaba o proximo de ocola, sos dió andré bastes es randes?

Ocola, rudeló á chandé, sos tereló canrea sató. Pues ché, le penó y que se la tucue ó matejo.” (Capítulo X, versículos 30-37).

La lengua no tiene pretensiones literarias, ni escritores, ni poesía; pero esto no impide que sea muy curioso su estudio, como lo es para el naturalista el de aquellas plantas y animales de los que no se hace aplicación alguna á las artes ni á las necesidades de la vida. Es el tipo de las lenguas de aluvión, que han venido recogiendo con el pueblo que las habla palabras de todas partes; los gitanos en ello no han imitado á los judíos, que también han estado en todos los climas, pero olvidando siempre su lengua nacional. En la de los gitanos, si fuera preciso trazar un mapa geográfico de su emigración y tuviéramos, lo que no tenemos, monumentos literarios de diferentes épocas, podríamos señalar el camino.

Burrow estudió, como hemos dicho, la lengua de los *gipsies* ó gitanos de Inglaterra, como la de los españoles, y en una y en otra señala raíces sánscritas. El verbo, que es la principal palabra en todos los idiomas, parece la de menos interés entre los gitanos, porque á lo más conservan la raíz sánscrita y usan las terminaciones del verbo propio de los países en que habitan, lo que da á su frase un aspecto que podríamos llamar ridículo ó burlesco. Otras veces toman el verbo de estas lenguas y por medio de una prolongación semejante á la que se usa en griego, se forma otra palabra.

Los pronombres, los numerales, los adverbios, preposiciones y conjunciones, como es regla general, conservan su particular fisonomía.

En el texto del *Embeó é Majoró Lucas*, hemos podido comprobar muy distintos orígenes de las palabras, además del inegable fondo sánscrito. Usa palabras

| PURAMENTE CASTELLANAS           | GERMÁNICAS  |
|---------------------------------|---|
| Narración.                      | Varda (inglés <i>word</i> ).                      |
| Principio.                      | Heló (alemán <i>heisen</i> ).                     |
| Parecer.                        | Mui (inglés <i>mouth</i> = boca).                 |
| Instruir.                       | Buter, feter (más, mejor, inglés <i>better</i> ). |
| Mandamiento.                    |   |
| Ministerio.                     |   |
| Orden.                          |   |
| Estéril.                        | CATALANAS   |
| Según.                          | Mateix (matejo).                                  |
| Costumbre.                      |   |
| Incienso, etc.                  |   |
| Estuche, significando espada.   | SÁNSCRITAS  |
| CASTELLANAS TRANSFORMADAS       | Eichastra (ley).                                  |
| Sinar (ser).                    | Manú (hombre).                                    |
| Mensalle (mesa).                | Y la mayor parte de las raíces.                   |
| Carguisarar (cargar).           |   |
| Faltisalar (faltar).            |   |
| Hé acó (he aquí).               | RUSAS   |
| Mamiserar (mamar).              | Ulicha (calle).                                   |
| Mandiserar (mandar).            | O',el on.   |
| Muy de clarico (muy de manana). | Diun (camino).                                    |
| Curar (pegar, herir).           | Udscho (pájaro).                                  |
| Ultrajisalar (ultrajar).        | Mui (nosotros).                                   |
| Frima (firma).                  | Moro (mar).                                       |

No contamos con extensos vocabularios de esta lengua; el publicado hace algunos años por el Sr. Sales, en el que hicimos nuestras primeras observaciones de filología comparada respecto á esta materia, no hubiera bastado para obras como la referida de Mr. Burrow, quien sin duda adquirió tan considerable número de palabras y de giros por el continuo trato que sostuvo con los gitanos de varios países, y muy especialmente ingleses y españoles.

Pero lo que ha quedado fuera de discusión es el origen ario del idioma, conservado en las raíces y modificado según los países en la formación de las palabras y las reglas de sintaxis. El sánscrito ha producido, por una parte, lenguas de gran importancia, ricas, complicadas y de extensa literatura: son lenguas de países cultísimos; y por otra, idiomas de castas ó razas que han seguido las vicisitudes de éstas, ya en la misma

India, ya en las naciones á que han emigrado; pero el estudio del segundo grupo no es menos curioso que el del primero, y especialmente debe hacerse, ya que no con propósitos literarios, por sus muchas aplicaciones históricas.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

## LOS INSOMNIOS

(Á MARÍA DEL PILAR)

El verdadero dolor  
consiste en saber sufrir.  
(VAUVENARGUES).

Como en los ríos, que en veloz huida  
se llevan á la mar, tal soy llevado  
al último suspiro de mi vida.  
(ROJA).

I

Abajo todo sombra,  
arriba todo azul...

el ocaso soy yo; tú la mañana;  
reina la noche; pero vienes tú.

.....  
Busca la alondra al sol, llama á su puerta,  
y en sus himnos le dice: «ven, despierta.»

De esta suerte, á mis solas, muero y canto,  
y busco de tu amor el óleo santo.

II

Dicen que el tiempo  
cura las penas...

Las hay tan grandes,  
las hay tan negras,  
las hay tan largas,  
las hay tan hondas,

que, hasta en el golfo del olvido, surgen,  
surgen y luchan como eternas olas.

III

Vuelan mis ideas, vuelan.....  
No son palomas, son cuervos  
que van tendiendo las alas  
hacia el campo de los muertos.

.....  
—¡Manuel mío, te abandono!—  
dijo tu madre al morir;  
y en mis brazos de un cadáver  
el frío horrendo sentí.

.....  
Tuviste hermano y hermana:  
solo quedamos yo y tú.  
¡Ah! si en el sufrir hay premio  
¡bendita sea mi cruz!

IV

Dicha... riqueza... honores...  
crepúsculos brillantes de un ayer,  
sueños de la ambición ¿para qué os quiero?  
decid, ¿ya para qué?

V

Oye, hija mía. Males y reveses,  
¿qué fuerzas no quebrantan?  
El aquilón y el trueno, entre furoros,  
conmueven las montañas.

Yo he vivido, mal dije, yo he pasado  
crisis largas, muy largas,  
cual si en un limbo celular perdiesen  
mis ojos su luz clara.

Pasado el estupor, pregunto ¡ay triste!  
¿qué me queda? — Y exclama  
una voz infantil: — «Yo, padre mío,»  
y tu nombre y tu patria.»

¡Oh! sí; tú lo eres todo: honor y gloria,  
imán que al bien me arrastra;  
rayo alegre de sol que en el invierno  
asoma entre mis canas.

Aun ausente, en tí estoy, tú estás conmigo,  
tú eres mi prenda amada,  
del vergel de mi amor ya única rosa  
que acarician las auras.

Tú eres mía ¡y serás! En vida y muerte  
á ti el Hado me enlaza:  
si vivo es para tí... ¿Quién en el mundo,  
cual yo, dí, quién te ama?  
De tus risas y besos van flotando  
sobre mi sien las alas,  
al dejarte dormida por las noches  
en brazos de las Gracias.

VI

Si tú, Pilar, pudieses algún día  
medir todas mis ansias  
en los abismos del dolor, oyendo  
*lasciate ogni speranza,...*  
pensarías en mí, y entre suspiros  
muchas horas pasaras,  
preguntándote ¿cómo así se sufre  
y nadie ve las lágrimas?...

VII

Allá en el panteón del pecho mío  
arde siempre una lámpara;  
tus hermanos—¡dos ángeles del cielo!—  
sonrien y la guardan...  
Es el recuerdo ¡oh niña! que á tu madre  
mi corazón consagra,  
cuando al orar por ella, ella nos mira,  
y se unen nuestras almas.

M. DE LLANO PÉRSI.

## Concurso de GENTE VIEJA

### El modernismo.

Lema: *El estilo es el hombre.*

En el desarrollo del arte, progresivo unas veces y retrógrado otras, hay manifestaciones, tendencias, iniciativas poderosas, que, en ocasiones no prosperan y á lo más constituyen una personalidad más ó menos saliente, pero que á veces marcan rumbos nuevos, constituyen escuelas con tan numerosos discípulos ó cultivadores del tal estilo; extiéndense tanto que, absorbiendo las pocas producciones que de su cauce se apartan, dan nombre á la época en que dominan. Así las manifestaciones artísticas de la juventud de los últimos tiempos del siglo XIX y principios del XX constituyen lo que hoy se llama modernismo.

¿Qué es el modernismo? ¿qué significa como escuela dentro del arte? Así como á principios del siglo XIX las tendencias, el modo de pensar de los cultivadores del arte y la expresión de esos pensamientos constituyeron el romanticismo, la evolución artística perdiendo en imaginación y ganando en realidad, vino á constituir el modernismo á fines del mismo siglo. Lo que todo fué pura fantasía sin que importara gran cosa forma, procedimiento, ni ejecución, vino á transformarse después en el arte mesurado y pacífico, que si, impresionista en los primeros momentos, madura las impresiones y las traduce con exactitud, sencillez y corrección. El artista romántico sólo necesitaba de la inspiración; el modernista es pobre de ella, pero pinta ó describe la realidad buscando la belleza en la realidad misma, con cosas nuevas, cosas antes no vistas, que nacen de un modo de ver especial y de una observación perspicaz, constante y fuerte. Díganlo si no las últimas exposiciones de pintura, en las que no se ha visto un cuadro en que se manifieste una idea, porque los pintores sólo detalle. Citaremos en comparación la manera con que los Sres. Briggs comenzaron á resolver una de las mayores dificultades del nuevo sistema, que ya apuntamos más arriba, á saber: ¿por qué medios se podrá inspirar completa confianza á los obreros acerca de la gestión y de la administración, sin permitirles intervenir en ellas?

Hay en Inglaterra una profesión nacida de la extraordinaria actividad comercial y de la siempre creciente división del trabajo. Bajo el nombre de «*public accountants*» —, que traducido literariamente quiere decir *con-*

*tadores públicos* — ejercen su profesión unos tenedores de libros expertos en todas las cuestiones de contabilidad, á quienes se someten con carácter de árbitros el examen y decisión de las diferencias que surgen entre partes. Diferénciase de nuestros peritos mercantiles en que el prestigio y la autoridad que nosotros queremos dar á nuestros funcionarios por medio del crisma oficial, los adquieren ellos á fuerza de rectitud y de pericia en la lucha libre que sostienen en aquel país todas las profesiones. Los Sres. Briggs tuvieron la buena idea de hacer concurrir á las juntas que celebraban anualmente con sus obreros al jefe de una de estas firmas y de las más acreditadas de Londres. «Vosotros sabéis hacer buen hierro — les dijeron, — pero no entendéis nada de cuentas. Si vinierais á intervenir en nuestros libros y nosotros nos inmiscuyéramos en vuestras operaciones, la casa daría de través y pronto habría concluído para todos. Pero no pretendemos que nos cedáis una confianza ilimitada, y por eso hemos entregado nuestra contabilidad al Sr. Waterhouse, á quien no conocíamos, y de quien no podéis dudar, y él os dirá, bajo la garantía de su crédito, el juicio que haya formado de nuestro modo de proceder.»

Los obreros aplaudieron, y aquel aplauso fué la señal de confianza mútua que reinó durante algunos años en aquel establecimiento.

MELITÓN MARTÍN.

## LA MÚSICA

Las penas que se ocultan; los ecos de ese idioma que hablan la flor.... y el ave, cuando de loma en publica por los aires secretos de su amor; [loma los tristes ignorados acentos misteriosos, suspiros que no se oyen, y mueren silenciosos, los gritos que en el fondo del alma da el dolor; todo lo que en el pecho desconocido muere, todo lo que las fibras del sentimiento hiere y en el lenguaje humano jamás podrá haber, tiene, para el espíritu del cielo desterrado, una expresión: la música, ese cantar soñado que de anheladas dichas inunda nuestro sér....

RICARDO SEPÚLVEDA.

## Información especial de GENTE VIEJA

(CUESTIÓN SOCIAL)

X

Curioso é interesante por demás es seguir la historia de este primer ensayo de un sistema llamado á realizar una verdadera revolución. Sentimos que la índole de este escrito no nos permita detallarle como se merece, reseñando las luchas y las contrariedades de aquel hombre de buena voluntad, ceguedad del Gobierno francés, negándole hasta el permiso de celebrar reuniones con sus obreros; de qué manera, á contar desde 1848, logró proseguir su reforma á la luz del día, y las modificaciones sensatas y oportunísimas con que su primera idea se perfeccionó. No podemos, sin embargo, pasar en silencio los resultados obtenidos, porque ellos nos dan la medida de los beneficios que pueden esperarse del sistema de participación. La firma emplea hoy trescientos operarios, de los cuales ciento veinte forman el núcleo permanente de la casa; todo el material pertenece ya á los obreros, porque éstos han ido empleando una parte de sus beneficios en comprar acciones de capital; tienen una sociedad de socorros mutuos, cuyo capital es de 738.000 francos; cobran pensiones hasta de 900 francos aquellos operarios de cincuenta años ó más que cuentan veinte de servicios, y medias pensiones las viudas; en 1872 se repartieron á 1.038 individuos 67.500 francos, mitad de las utilidades del año anterior; y lo que es más extraordinario y más sorprendente todavía, los beneficios del jefe ó del capitalista no han disminuído por efecto de su generosidad, antes bien

han mejorado. Esto último se comprenderá facilísimamente cuando se sepa que Leclair calculaba de antemano que el *minimum* de aumento en la cantidad de trabajo ejecutada por cada obrero sería de 60 céntimos de franco, y que además podría economizar, cuando menos, 25 céntimos de franco en los colores y primeras materias. Si multiplicamos, pues, esta economía de 85 céntimos diarios por 300 días y 300 obreros, veremos que el ahorro anual asciende á 76.500 francos, suma que hace posible el repartimiento de la citada para el año de 1872, sin disminuir las ganancias de la casa, antes bien aumentándolas en dinero, y sobre todo en reputación y en crédito.

Apresurémonos á decir que el ejemplo que acabamos de citar es una excepción. Las condiciones de la industria de la pintura *basta* se prestaban á un ensayo generoso y liberal, hasta tal punto, que sería injusto é imposible que le imitasen las demás industrias. Como el capital fijo—el capital empleado en máquinas y herramientas de la propiedad del dueño—era muy exiguo en comparación del capital flotante; y como el capital intelectual necesario para la dirección se equilibraba también con el que ponían los obreros, dependiendo de éstos principalmente el éxito y los resultados, pudo Leclair cederles el 50 por 100 de sus utilidades, sin perjudicarse. Pero no todas las industrias están en iguales circunstancias; y así es que al extenderse el movimiento de participación en las ganancias, cada industria modificó las condiciones de dicha participación en los términos que conceptuaba más de acuerdo con la equidad. En Francia, la Compañía del camino de hierro de París á Orleans cedió á sus empleados una participación en sus ganancias desde el año 1844; y á pesar de que esta participación fué naturalmente muy pequeña, ha distribuído hasta 1871, entre un término medio anual de 12.800 servidores, la enorme suma de 40.697.836 francos. La imprenta de Paul Dupont aceptó el nuevo sistema en 1848, y en la junta de accionistas de 25 de Marzo de 1873, el jefe de aquel establecimiento anunciaba que se proponía conceder á sus 1.500 operarios condiciones más holgadas, sin embargo de que la caja de participación de aquéllos poseía una reserva de 100.000 francos en el Banco de Francia. Las Compañías de seguros contra incendios, sobre la vida y de siniestros marítimos adoptaron las nuevas ideas en 1850, gracias á la iniciativa de un hombre de talento y de corazón, Mr. Courcy. En 1865 Mr. Bord, fabricante de pianos, ensayaba con éxito las nuevas relaciones entre el patrón y el obrero, y en toda esta época Chaix, el impresor en París, Larroche-Joubert, fabricante de papel en Angulema, y otras cien firmas en los Departamentos, entraban de lleno en el sistema de participación, y todos ensalzaban á porfía sus resultados benéficos.

MELITÓN MARTÍN.

### LA ÚLTIMA TABLA

En el abismo del dolor sumido  
la mirada levanto á las alturas,  
y desde el hondo valle de amarguras  
te invoco ¡oh Dios! con ánimo abatido.

¡De la duda que ofusca mi sentido  
disipa Tú las ráfagas oscuras!  
No te pido grandezas ni venturas:  
¡esperanza, y amor, y fe te pido!

Aunque en sollozos mi dolor exhalo,  
de punzante inquietud y angustia lleno,  
aún tu bondad á tu poder igualo.

No al odio dejes invadir mi seno:  
bueno te juzgo; pero, si eres malo,  
¡démame, por piedad, juzgarte bueno!

FEDERICO BALART.

### AVENTURAS DE UN MUERTO

—Bebamos, bebamos....  
—Dices bien. Llena las copas, y ¡bebamos!  
—La vida se acaba pronto, y es bueno gozar de ella.  
—¡Gocemos, pues! Mañana descansaremos en el cementerio.

—¿Quién os lo ha dicho? La muerte no es el reposo....

—¿No?

—No; y creedme, porque os lo dice uno que ha estado muerto.

—¡Tú! Vamos, el vino se te ha subido á la cabeza.

—Sois demasiado incrédulos. ¿Queréis que os cuente la historia de esta horrible cicatriz que desfigura mi rostro?

—Sí, ¡cuéntala!

—No hagás caso de ese beodo, y déjate de cuentos. ¡A beber!

—Como queráis. Deseaba hablaros de aquellos tiempos en que estuve muerto, de aquel paréntesis misterioso de mi vida....

—Pues habla y bebe....

—¡Sí! ¡sí!....

—¡No! ¡no!

—Tú calla y duerme.

—Puesto que os empeñáis, empiezo mi historia. Resignado, si no tranquilo, vivía yo en Granada, escribiendo versos y enamorando andaluzas, cuando la maldita ambición me trastornó el cerebro; dióme por soñar con coronas de laurel, con Napoleón y Byron, y sin más ni más hice mi maleta, me escapé de la casa paterna y dí con mis huesos en la Corte, donde pensaba encontrar ancho teatro para mis glorias. Entré en Madrid con cincuenta duros en junto y un millón de esperanzas, faltar de amigos y recomendaciones; mas sin apurarme por nada ¿quién se apura á los veinte años? Instaléme en una fonda ostentosa, y me propuse vivir como si tuviese todas las noches un ángel de la guarda, en figura de media onza, velándome el sueño. Yo estaba entonces bien vestido. Tenía, además de las prendas necesarias para presentarme convenientemente en las reuniones más aristocráticas, varias joyas de algún valor, entre otras, un par de gemelos de brillantes, que había heredado, y un magnífico reloj de oro, con cadenas y dijes, regalo de un tío mío, canónigo en la santa iglesia catedral de Granada. Cualquiera, pues, viendo mi porte, habría podido tomarme por el hijo de un Grande de España. Ya que no por uno de esos príncipes que ahora se usan, y están siempre visitando las cortes de Europa de incógnito.... conocido

¡Dejadme llorar sobre las ruinas de mi elegancia perdida, hoy que puedo salirme, sin tropezar en los bordes, por los agujeros de mi capa!

Pero prosigo. La vanidad, que había sido el móvil de mi escapatoria, se empeñó en perderme y se salió con la suya. Marchaba yo por las calles de la coronada Villa con la cabeza erguida, la mirada altanera y el paso majestuoso y lento, como diciendo á cuantos se cruzaban en mi camino: — ¡Paraos y admirad, que no siempre se os presentará tan buena ocasión! — Ocioso me parece advertiros que nadie reparó en mí, ni me comprendió, lo cual no es extraño, porque tampoco yo me comprendía, y que en estas bienandanzas del amor propio, dí fin á mi último real sin haber realizado la última de mis ilusiones.

¡Cuánto echaba yo de menos en mi solitario aislamiento, conforme iba sintiendo los estragos de la pobreza, las frases cariñosas de mi tío el canónigo y de sus contentillos, aquellas frases que penetraban hasta lo íntimo de mi corazón, como animándome para mayores empresas! Ya no oía decir á mi alrededor: «Este chico promete. La verdad es que mi sobrino tiene muchísimo ingenio, y que, si no se malogra, llegará á ser honra de su familia y de su patria.»

Ya no veía á mi madre llorar y reír de gozo, siempre que escuchaba mis alabanzas.

Ni á mi tío esponjarse de alegría. Ni á mis hermanas.... pero, adelante!

Según creo haberos dicho, mis ilusiones duraron poco, desvaneciéndose tan rápidamente como los juramentos de amor, que se olvidan á los breves días de haberlos prestado. Escribí varias poesías lacrimosas en que agoté todos los sentimientos de mi alma desengañada y abatida, y las publiqué en un periódico semanal de literatura, que leíamos sólo sus redactores. Y como cada día iba estrechándose más el círculo de hierro de la necesidad, pretendí ver si para remediarle, vendía una novela romántica, *El jorobado*, que había compuesto en mis horas de decepción; mas fueron infructuosos cuantos pasos dí en busca de editor, hallándome, al cabo de dos meses de inútiles tentativas, lleno de manuscritos y deudas, con mucho genio, al decir de las gentes; pero sin una peseta.

Para colmo de desgracia, el amor, ese diablo juguetón que se divierte en turbar el sosiego de los mortales, encendiendo lo mismo la sangre del adolescente que la del viejo, se apoderó con violencia incontrarrestable de mis sentidos. Yo que había resistido las miradas de fuego de mis apasionadas paisanas, rendíme á la celeste dulzura de unos ojos azules y quedé preso en las hebras de unos cabellos rubios, como las espigas de trigo doradas por el sol. ¡Qué encantadora era Elena! Figuraos un ángel, aéreo como la ilusión naciente; bullicioso á veces, como la primera brisa de Mayo, y á veces melancólico, como una despedida.... Pero no os figuréis un ángel, sino un demonio. Aquel

vaso tan maravillosamente cincelado, hecho para ofrecer el néctar á los dioses, sólo encerraba veneno; aquel cuerpo tan celestial no tenía un alma que le animara: era orgullosa y seca; amaba sólo la vanidad y el fausto; preciábase de hermosa, y estimaba más una adulación que una caricia. ¡Cuántos dolores me hizo sufrir aquella mujer que no valía siquiera una lágrima! ¡Verdad es que una lágrima, si brota del corazón, vale tanto!

Ya no era yo el joven elegante y presuntuoso de otros tiempos; la escena había cambiado del todo. Mi reloj y mis mejores trajes estaban empeñados, y no conservaba de mi antigua opulencia más que un gabán raído, unos pantalones con fleco y un sombrero blanco.... pero ¿á qué hablaros de mi sombrero? ¡Hay memorias que parten el alma! Podéis imaginaros sin que os lo diga, cuán escasa impresión causaríá yo con semejante facha en el ánimo de mi idolatrada rubia. Abramóme á desaires, que soporté con la paciencia de un enamorado, la más elástica de todas, y últimamente puso entre los dos un abismo insondable: puso un par de charreteras; se casó con un Capitán.

¡Qué odio cobré entonces á la milicia!

Durante los primeros días, bajo el penoso recuerdo de la ingratitud de Elena, la sola aparición de un soldado excitaba mis nervios, haciéndome llegar al paroxismo de la ira.

Luego fué lentamente extinguiéndose mi rencor; después miré al ejército sin prevención alguna, y acabé, en fin, por tener lástima de los Capitanes....

Esto hace el elogio de Elena. Pero no anticipemos los sucesos.

Cuando llega un mal, nunca llega solo.

El desengaño de mi amor, el agotamiento de mis últimos recursos y la censura de un folleto que había impreso por mi cuenta, escrita con hiel y vinagre por un crítico á quien regalé el único ejemplar que había salido de la librería, me sorprendieron de golpe. Vuestros conciencias crapulosas no son capaces de apreciar la inmensa angustia que se apoderó de mí; por espacio de dos días estuve como loco, y no cruzaron por mi mente sino ideas de exterminio y venganza. Arrastrado por la violencia de mi resentimiento, entréme en casa de mi dulce enemiga, resuelto á culparla por su inicuo proceder; pero no bien se fijaron mis ojos en su deslumbradora hermosura, cuando olvidé mis proyectos y sólo tuve fuerzas para llorar delante de ella, como un niño.

Elena, que no pecaba de sensible, se burló cruelmente de mi debilidad; los celos, sin embargo, avivaron de nuevo las mal apagadas cenizas de mi cólera; mas cuando ya repuesto de mi flaqueza, iba á increparla como se merecía, señalóme orgullosamente la puerta, poniéndose con la mayor imperturbabilidad y desenvoltura á tocar la marcha real en el piano. Apenas tengo derecho á quejarme: ¿no era esto despedirme regiamente?

Es verdad que yo, herido en lo más profundo de mi alma, en mis ilusiones de hombre y en mis esperanzas de poeta, era como un rey destronado. Pero ¿quién hace caso, en estos tiempos escépticos y calamitosos, de los reyes sin corona?

—¿Y qué hiciste después de esta aventura?

—¿Qué hice? Sabía yo que la embriaguez es buena amiga, algo inquieta, pero leal, y me propuse ahogar mis penas en alcohol. Con este intento, entre en un café, de donde era parroquiano asiduo, ó mejor dicho, deudor impenitente; atravesé, huyendo del bullicio, el salón principal del establecimiento y me refugié en un gabinete apartado y reducido, que sólo frecuentábamos unos cuantos amigos de la *bohemia* literaria.

Hostigado por mis desesperadas ideas, dejéme caer en una banqueta, confuso y abatido, sin reparar en un hombre misterioso, extraño á nuestras habituales reuniones, que estaba á la sazón tomando una copa de ajénjo en la mesa inmediata.

—¡Mozo!—grité dando una fuerte palmada en la tabla de mármol,— tráeme pronto ron, aguardiente, marrasquino, lo que quieras.

Á los pocos minutos estaba ya servido.

Entonces empecé á apurar copa tras copa con verdadera ansia, no parando mientes en el desconocido, que, desde que entré no había apartado sus ojos de mí, observándome con curiosidad mal disimulada.

No tardé mucho, con mis continuas libaciones, en ponerme alegre como escolar en día de asueto. Comencé á hablar solo con la volubilidad del borracho; renequé del amor; escarnecí á la sociedad, y los licores me hicieron confesar que no había en el mundo quien valiera lo que una buena botella de ron.

¡Qué filosófico estuve entonces! En aquella ocasión fuí profundamente escéptico; comprendí toda la pequeñez de los ensueños de la vida, burléme de la ambición, de la amistad, del alma, del cielo.... y de todo esto deduje que Byron debía embriagarse muy á menudo.

—La mujer vale bien poco—recuerdo que dije entre otras muchas sandeces.—Nace sólo para reirse del hombre....

—Menos vale el hombre—exclamó sonriéndose el desconocido,—pues nace para que se rían de él.

—Tienes razón—repliqué con acento trémulo, haciendo inútiles esfuerzos por levantarme de la banqueta en donde ya estaba más tendido que sentado.—Tienes razón. ¿Quieres beber? Bebe....

—No.

—Bebe ó refímonos—añadí con aire ridículamente grave.

Mi interlocutor se aproximó á la mesa, llenó de ron una copa y la apuró de un solo trago.

Entonces reparé en él

Era un hombre extraordinario, cuya edad habría sido difícil calcular con acierto. Parecía á la vez joven y viejo, robusto y débil, atrevido y tímido: el brillo siniestro de sus negros ojos, en donde la juventud bullía, contrastaba por extraño modo con el color plateado de su bigote y lengua cabellera, erizada como la hirsuta piel de una fiera enfurecida, y su aspecto sombrío contrastaba con la sonrisa burlona que vagaba en sus labios apretados y lívidos.

Á pesar de mi estado, la presencia de aquel personaje singular me impuso. Véanse impresas en su rostro las huellas de un crimen ó de un infortunio—acaso de ambas cosas á la vez,—y su mirada era tan penetrante y fría como la punta de un puñal. La pena y la resignación, el remordimiento y la ira, el genio y la impotencia, todas cuantas grandezas y torturas caben en el corazón humano, se reflejaban al mismo tiempo en aquella fisonomía expresiva y amenazadora, animada y doliente....

—¿Quién era?

—¿Sería el diablo?

—El mismo, señores, el mismo. Pero dejadme proseguir y no me interrumpáis á cada momento.

—Joven—exclamó fijando en mí su vista fascinadora:—te he oído negarlo todo, y me has dado lástima. Eres hijo legítimo de este siglo incrédulo que, según el Evangelio, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no escucha, marcha y niega el movimiento. Concibo que en las edades bárbaras, cuando el hombre, oprimido por el peso de su miseria intelectual y física, vegetaba indolente y sufrido bajo el látigo de las mayores tiranías, dudase de todo, de la finalidad de su destino para él incomprendible, hasta de sus propias fuerzas; pero ahora vuestras dudas son una blasfemia. ¡Ojalá fuesen verdad!

Yo le miraba atónito; su frase inspirada y ardiente resonaba en mi corazón como un versículo bíblico, subyugándome, á mi pesar, aquel hombre misterioso que parecía consumido por el fuego de la fe y la fiebre del pensamiento.

Sin embargo, animado algún tanto por mi creciente embriaguez, me aventuré á decir con acento sarcástico y presuntuoso:

—¡Vamos! El doctor Pangloss vive aún para regocijo del género humano.

—¡Cosa singular!—añadió mi interlocutor, como si no oyera mis palabras;—á medida que la humanidad va adelantando en su camino, menos fe tiene en sí misma y más desconfa de su triunfo definitivo. Si se levantasen del polvo las miserables generaciones de la Edad Media, se avergonzarían de veros, hijos de la Edad presente. Ellas, expuestas á todos los caprichos de la violencia, sumergidas en las tinieblas de la ignorancia, creían en Dios y tendían los brazos hacia lo porvenir como un naufrago hacia la playa hospitalaria que divisa á los lejos, y vosotros, á quienes llegan ya los perfumados efluvios de esa misma playa, negáis lo que veis y dudáis de vuestra salvación.

—¡Ah! ¡como se ve que no has sufrido!—exclamé suspirando.

—¡Que no he sufrido!—replicó.—Joven, en una hora de mi vida sufrí más que cuantas generaciones han existido y existirán sobre el haz de la tierra, porque padezco sin esperanza de remedio. Llegará un día, quizás esté cercano, en que el hombre se regenera: pero yo nunca podré regenerarme.

—¿Quién eres, pues?—le pregunté sorprendido.

—Nada te importa—respondió.—En medio de los dolores que os asaltan, el cielo os ha concedido el consuelo de las lágrimas, y yo no puedo llorar; ha arrojado en vuestros corazones la semilla del amor puro, que á mí me está vedado: os ha dado el descanso de la muerte y yo no puedo morir.

Difícilmente podría explicaros el efecto que las dolientes palabras de mi improvisado compañero produjeron en mi ánimo; disipáronse del todo las nieblas de la borrachera que iban invadiendo mi espíritu, y quedé como petrificado ante aquel sér maravilloso que, según confesión propia, no podía obtener ningún consuelo, ni el llanto, ni el amor, ni la muerte.

—Pero no hablemos de mí—añadió en seguida cambiando de tono.—En vano querrías comprender la intensidad de mi desventura. En vuestra manía de negarlo todo, os parecéis á aquel filósofo extravagante que negaba su propia existencia. ¿No has amado y amas aún? Pues entonces, por qué niegas el amor? ¿No ves á tu lado las estatuas de los héroes y de los genios? Pues entonces, ¿por qué dudas de la gloria? ¿No has estado hace poco tiempo expuesto á perder la vida por un antiguo discípulo? Pues entonces, ¿por qué nie-

gas la amistad? ¿Nunca se ha sublevado tu conciencia contra la opresión? ¿Nunca has llorado contemplando algún infortunio? ¿Nunca has protestado contra la injusticia? Pues si esto has hecho, ¿cómo te atreves á sostener que no hay en el mundo grandeza, ni piedad, ni ternura, ni abnegación? Eres hombre, y como á todos, el orgullo te ciega y extravía; crees que tu corazón es el único tabernáculo del sentimiento y piensas que el alma de cuantos te rodean no se agita como la tuya, ni tiene las mismas fibras, ni sufre los mismos dolores. Cada sér humano tiene tal idea de su importancia individual, que en su orgullo mira á los demás como inferiores; pero esta misma idea le engrandece, empujándole por el camino de su perfección, porque vendrá un día en que, sin perder el convencimiento de su fuerza, comprenda la igualdad moral de su raza, como ha comprendido ya la igualdad legal y política, y entonces desaparecerán para siempre todas las tiranías: la del fanatismo, la de la autoridad y la del dinero.... Ese día se aproxima....

—¿Dónde está?—le interrumpí con aire de triunfo.

—Veo por todas partes una sociedad caduca, seca, como el egoísmo que la devora; gastada y corrompida....

—Pues bien—interrumpió el desconocido;—en esas condiciones de muerte de la sociedad moderna, ¿no ves el augurio de la futura? Si en esta en que vi, vís sólo imperan la injusticia, el fraude, la perversión y la infamia; si propende á empequeñecer y abatir—¿por qué os lamentáis de la gangrena que corroe sus entrañas, ya infecundas? La corrupción sólo se engendra en los cadáveres; todo lo que está corrompido, está muerto. Pero como la humanidad no puede perecer, debéis abrigar el convencimiento de que en el fondo de esta civilización brillante, pero podrida, está fermentando ya el germen de otra nueva sociedad.

—Y mientras tanto—exclamé con profunda desesperación,—los que hemos tenido la desgracia de nacer en esta época de prueba, sentimos nuestro corazón desgarrado; respiramos un aire saturado de amargos rencores, y vivimos para el martirio.

—Sí—contestó él;—avanzáis, como Cristo hacia el Calvario, en busca de otra redención humana, y estáis apurando las últimas heces de dolor social para que vuestros hijos nada encuentren en el fondo del amargo cáliz. Vuestra misión es triste; pero sublime.

—¿Y qué debemos hacer cuantos no tengamos fuerzas para el sacrificio?—le pregunté.—¿qué debemos hacer? Mis heridas brotan sangre; he visto desvanecidas todas mis ilusiones de niño, esas aspiraciones generosas que, según tú, algún día se realizarán; todo lo veo negro, mezquino y despreciable. ¡Todo!

—¿Qué debéis hacer?—me contestó;—padecer con los ojos fijos en lo por venir, como el mártir cristiano padecía con el pensamiento puesto en Dios, que era también su aspiración y su destino. Vuestra gloria será el agradecimiento de la posteridad.

—Calla—le dije—porque tus palabras me irritan. Mañana acaso las generaciones venideras, cuando hojeen el libro de la historia, dedicarán un débil recuerdo á la generación actual que, á costa de su felicidad propia está preparando la ajena. Pero ¿crees que puedo contentarme con figurar en el catálogo de las víctimas desconocidas, ni que me satisfaga la idea de confundir mi nombre ignorado con su nombre ignorado también, como confundiré el polvo de mi cuerpo con el suyo en el seno de la tierra? ¡Ay! no: mi ambición es más grande; ¡quiero volar! ¡Volar, sin perderme nunca en la sombra noche de los tiempos y de las generaciones!

—¡Oh, Señor!—esclamó el hombre misterioso con voz entrecortada,—¿cómo me castigas! el orgullo fué mi culpa y me abandonaste, cerrándome el corazón para el placer, y arrojándome del Edén en donde moras coronado de eternos resplandores: el orgullo es el delito del hombre, y no sólo lo consientes, tendiendo sobre él tu mano benéfica, sino que animas su entendimiento para que se eleve hasta Ti; ¡hasta Ti de quien reniega!

—¡Ser mártir!—exclamé sin hacer caso de su angustiosa queja;—¿no vale más ser tirano? La raza humana se acuerda más de quien la diezma que de quien la sirve. Dime si no cómo se llaman las infinitas víctimas de Nerón, de Calígula y de tantos y tantos monstruos como han assolado el mundo. Dímelo, si lo sabes. La historia guarda silencio sobre el mayor número de estas infelices criaturas, pero no se han olvidado de sus sacrificadores; han pasado los siglos, y todavía está presente su nombre en la memoria de los pueblos.

—Es decir, que pesa sobre ellos una maldición perdurable como la mía....

—¡Já.... já....—repuse irónicamente.—¡Salida más necia que la tuya! ¿Acaso piensas que les importará un bledo esa maldición?

—Sí—respondió con acento solemne,—su alma vive, y la execración de la humanidad es su infierno.

—¡Su alma!—añadí con aire de desprecio y duda.

—Su alma, sí—replicó;—que vagará por el espacio, sin oír una sola palabra de conmisericordia, ni sentir el dulce consuelo de una lágrima consagrada á su memoria; su alma temerosa como el delito, solitaria como el

remordimiento y abrumada con el anatema de los siglos pasados, presentes y venideros.

—¿Luego el hombre no muere?—pregunté con mofa y escarnio.

—Tú lo has dicho—contestó gravemente mi interlocutor:—el hombre no muere.

—Observo—añadí riendo—que tu filosofía es bastante antigua.

—Si dudas de la misión del hombre en la tierra—me preguntó con sonrisa fríamente burlona—y de su eterna existencia inmaterial; si crees que Dios, ó la fatalidad, ó la naturaleza han creado en él un sarcasmo, y dándole facultades para ser feliz, le han precipitado en el abismo de una desgracia infinita; si todo esto estás seguro, ¿cómo vives todavía? Aniquílate, destruye con tus propias manos la obra de iniquidad de un Dios indiferente, de una fatalidad ciega ó de una naturaleza cruel, y vuelve al polvo de la tumba que es el descanso, la insensibilidad, la nada.

Ya me parece haberos dicho que el amor propio me domina. El acento irónico con que el desconocido pronunció estas palabras hizome sospechar que dudaba de la firmeza de mis convicciones, juzgándome demasiado débil ó cobarde para arrostrar los peligros de su defensa. Así es que con mal reprimida ira le contesté:

—¿Y quién te ha dicho que no he pensado ya en matarme?

—¡Eres loco!—respondióme desdeñosamente.—¿Imaginas por ventura que no he leído y leo en tu cerebro como en un libro? Nunca la idea del suicidio ha conturbado tu corazón.

—Te engañas—repuse exasperado.—Hoy mismo había decidido acabar con mi miserable existencia.

Mi interlocutor soltó una carcajada sardónica que me horripiló, y sacando del bolsillo de su gabán un revólver, me lo ofreció diciendo:

—Seguro estoy de que no quieres morir.

¡Ay! no podré deciros lo que pasó por mí; todas las malas pasiones dormidas se despertaron en el abismo de mi alma. El aire de confianza con que mi improvisado compañero me negaba el valor necesario para poner término á mi vida me indignó contra mí mismo, porque descubría el secreto de mi conciencia; arrebaté el revólver de las manos, como poseído de un vértigo, y le apoyé en mi sien....

Pero me faltaron las fuerzas y separé de mi frente el arma fatal.

Pensé en mi madre, en los días de mi infancia, en aquellos días de santa inocencia en que ambicionaba como los hombres y soñaba como los ángeles; la fría y pavorosa idea del no ser cruzó por mi mente; tuve miedo y temblé....

Mas cuando al levantar la cabeza hallé clavada en mí la sangrienta mirada del desconocido, en nada pensé ya, turbáronse mis ideas, créime el ludibrio de las gentes y perdí la razón.

Entonces apoyé el revólver en mi barba, disparé, y caí muerto....

—¿Sabes que la historia va interesándome?

—Y á mí.

—Y á mí también; pero me asaltan algunas dudas.

—Dímelas, y veré si puedo aclarártelas.

—En primer lugar, me parece que ese diablo, si lo es, roba su papel á Dios; es un diablo demasiado bueno.

—Quizás tendría buen vino. Además, no es la primera vez que se mete á predicador.

—¡Calla; es verdad!

—En segundo lugar, creo que te suicidaste tontamente.

—¿Y acaso para morir se necesita ingenio?

—Pero ¿no nos explicas la conducta del diablo?

—Todo llegará á su tiempo. Ahora bebamos.

—Dices bien. ¡Bebamos!....

—¡Bebamos!....

—¡Viva tu diablo y viva el ron!

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

## RIMA

Quando pasen los años y seamos  
tú joven y yo viejo,  
Al verme exclamarás:—¡Cuánto le quise!  
y yo:—¡Cuánto la quiero!

MARIANO CAPDEPÓN.

## AVISO

Durante el verano se servirá á nuestros suscriptores el periódico al punto que nos indiquen, teniendo la bondad de avisarlo en esta Administración, calle de Recoletos, 10.

MADRID.—Imprenta, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.